

LA RENOVACION DE NUESTRA ARQUITECTURA DOMESTICA.

Por Luis de Soto Sagarra.

DE los tiempos de la colonia al presente todo ha cambiado en Cuba, desde los manjares servidos al desayuno hasta el aspecto físico y la contextura moral de los individuos. Hay, sin embargo, para ciertos espíritus misonéistas, un sector intocable en el arte constructivo, el de la residencia que parece repetir en su oído un invariable "Noli me tangere". Las condiciones que regulan la arquitectura, la más sensible al ambiente por ser de todas las artes la más útil, parecen no contar para aquellos que creen que los cambios políticos, sociales y económicos no afectan a un arte que, por su esencia misma, debe responder a las ineludibles exigencias del medio.

Un ciudadano de la Italia actual no soñaría con erigir para su residencia un palacio como los que habitaron en el Renacimiento un Sforza o un Médici, ni un buen burgués de la Francia contemporánea aspiraría a construirse un "chateau" como en los tiempos de Francisco I o una "folie" a la usanza de la época galante. Pero hay más de un cubano para el que es herejía estética pensar en una casa que, por lo menos, no copie la de nuestros abuelos, si es que no puede trasplantar anacrónicamente a esta tierra y este siglo el tipo constructivo que albergara en tiempo y lugar ya remotos existencias sin nexo alguno con nuestra época y nuestras condiciones de vida. Para esos seres que suspiran añorando el pasado, es un absurdo pensar que en Cuba pueda vivirse sin portales ni patio, sin la escala de proporciones de la casona en que se deslizó su infancia, como si aquí, por razones análogas a las de otros países y de acuerdo con el ritmo de esta época, no existieran los problemas de la congestión de las áreas urbanas con su secuela de encarecimiento de los predios que aconseja el aprovechamiento del terreno, ni la crisis, cada vez más aguda, del servicio doméstico progresivamente reducido.

Espacio y costo son las dos premisas esenciales del razonamiento constructivo del día y la mejor solución del problema será aquella que logre el máximo rendimiento espacial al menor precio. Y aquí comienza el sacrificio de lo que para algunos es imprescindible: los portales y terrazas (que por su exposición bajo un sol de fuego resultan muchas veces páramos inhospitalarios y poco aprovechables); jardines que de tales sólo tienen el nombre; patios interiores (desideratum pocas veces asequible), altos puntales (con sus consiguientes problemas de limpieza e iluminación, sin mencionar el aspecto ornamental), y grandes huecos, generalmente cerrados a trueque de quitar todo carácter privado al domicilio urbano o de convertir cada casa en un "solarium".

Más de una vez he oído calificar de irrealizable locura, cuando no de inconsulto snobismo, la aspiración a modificar el

tipo de nuestras construcciones domésticas; bien lo saben nuestros arquitectos cuyo esfuerzo va venciendo, no obstante, las resistencias del medio que obstaculizan sus intentos renovadores. Los apartamentos ganan prosélitos cada día, y, si esto fuera un ensayo y no un ligero artículo a "vuela pluma", pudiéramos considerar aquí lo que ello significa en la evolución del arte visto como fenómeno social.

El calor puede ser un argumento muy socorrido de los que se aferran a las plantas usuales y al sistema consuetudinario de luz y ventilación. Si siempre se tuviera en cuenta como algo fundamental la orientación al emplazar un edificio se habría dado el primer paso en firme para contrarrestar los rigores de nuestro verano. En este sector del emplazamiento y articulación de los elementos de la planta la nueva arquitectura ha rendido sus más brillantes jornadas. A éste sigue el cuidadoso estudio de vanos y macizos en el cual toda copia resulta inadecuada ya que el número y distribución de aquellos depende o debe depender del clima propio. A este respecto tan absurdo es inspirarse en "estilos" consagrados como imitar construcciones modernas que en su país de origen han sido verdaderos aciertos y que reproducidas aquí resultan quizás de gran belleza y originalidad, pero de escaso o nulo valor práctico. Aludo a las grandes cristalerías con que en otros países se procura captar la máxima cantidad de luz, cuyos raudales en Cuba es necesario, precisamente, graduar.

Otro punto interesantísimo del problema, íntimamente ligado al del concienzudo estudio de la planta es el del número y dimensiones de las piezas. Nuestro siglo en este sentido ha vuelto al criterio de dos siglos atrás, es decir, menor número de piezas, pero más espaciales, cada una de las cuales tiene una función múltiple. Aquí marchan acordes la arquitectura y el arte mobiliario modernos.

El día en que los que en Cuba construyen—me refiero a los propietarios, no a los arquitectos con cuya aquiescencia mayoritaria cuento sin duda—, comprendan la significación que en la arquitectura doméstica tienen estos problemas y las soluciones que, de acuerdo con las condiciones actuales de la vida, les da el arte constructivo moderno, habremos vencido todo misonéismo y nuestras casas serán, como deben ser, expresión de nuestra vida de hoy, no mera copia de lo que fueran en otro tiempo y lugar tan diferentes a los nuestros.

"La forma debe expresar el espíritu de la época y debe, por tanto, ser creada de acuerdo con éste y no copiando los de otros tiempos. Debe existir una correlación espiritual entre el hombre y su forma estética, si el arte, después de todo, ha de ser reconocido como arte del hombre. La forma debe ser sincera expresando dicha correlación espiritual si el hombre aspira a ser honrado en su arte". Estos conceptos de Eliel Saarinen, expuestos en su obra más reciente ("Search of Form") quizás todavía inédita, debieran presidir todos nuestros empeños constructivos y de manera especial los que atañen a la arquitectura doméstica que es la que en forma más íntima y constante requiere esa relación espiritual entre el artista y su época, de que habla el reputado arquitecto finlandés, sin que ello rebaje en nada la noble belleza de nuestras casonas de antaño en que pueden y podrán siempre inspirarse, tomándolas como modelo, los privilegiados de la fortuna cuyos medios les permitan vivir hoy, bajo el signo del inquieto siglo XX, en las condiciones de los antepasados nuestros para quienes el costo del terreno y el mantenimiento de aquellas amplias residencias no constituía un difícil problema.

Social, abril 1934